



Un Nuncio extraordinario

Por ENRIQUE LÓPEZ OLIVA

Si revisamos la extensa y dinámica historia de la Iglesia católica romana en sus diferentes versiones -apologéticas críticas y autocríticas-, entre los nuncios apostólicos que merecen un reconocimiento especial figura monseñor Cesare Zacchi, quien asumió la representación diplomática de la Santa Sede en Cuba desde 1962 hasta 1975. Aquellos que tuvimos la oportunidad histórica de reunirnos con él en la Nunciatura en varias ocasiones, recordamos su extraordinaria lucidez y cultura, su capacidad de diálogo, incluso con varios interlocutores a la vez, la sutileza de sus agudos análisis y su actitud siempre abierta a una comunicación respetuosa hacia los dialogantes, aunque tuvieran criterios diferentes al suyo.

Personalmente valoro una gran similitud entre él y otro nuncio extraordinario Angelo Guiseppe Roncali, “visitador apostólico en Bulgaria en 1925, nuncio en Turquía y Grecia en 1934 y, después de la Segunda Guerra Mundial, en pleno proceso de reconstrucción política y económica de Europa. En 1958 en víspera del cambio revolucionario en nuestra Isla, Roncali sería promovido al pontificado como Juan XXIII, el llamado “Papa Bueno” o “Papa Rojo” para los conser-

vadores, quien convocaría al Concilio Vaticano II, para actualizar a la Iglesia católica en el nuevo contexto internacional y eclesiástico. Quien para los pensadores progresistas católicos fue motivo de gran estimación y aliento.

Zacchi llegó a Cuba en 1961 como secretario de la Nunciatura apostólica del Vaticano. Él había vivido la experiencia socialista en Europa oriental y en especial en Yugoslavia, de donde fue expulsado, lo que lo preparó psicológicamente para los momentos que viviría en La Habana. Él asumió la representación diplomática ante el gobierno revolucionario en 1962, cuando fue trasladado a Roma monseñor Luis Centoz. El hecho de que no fuera obispo de la Iglesia dificultó una gestión más cercana de él con los obispos cubanos, en circunstancias políticas de por sí delicadas y espinosas como las calificara el doctor Raúl Gómez Treto en su ensayo *Iglesia Católica y Revolución*.

Originalmente se desempeñó como “simple secretario”: encargado interino de los negocios de la Santa Sede. Limitaciones que contrastaban con que el gobierno revolucionario cubano tenía acreditado en el Vaticano al doctor Luis Amado Blanco, laico católico, español republicano asilado en Cuba, a raíz de la guerra civil en España, y con quien tuve oportunidad de dialogar, en Roma y en La Habana, sobre las relaciones Iglesia-Estado en nuestro país, en especial el papel de la Santa Sede.

La positiva y para algunos “controvertida” gestión diplomática de Zacchi lo llevaría en varias ocasiones a poner su cargo a dis-

posición del Papa, siendo siempre ratificado por el Sumo Pontífice en su misión en La Habana. Tras una larga y fructífera gestión diplomática, el 7 de junio de 1975 fue nombrado rector de la Pontificia Academia Eclesiástica del Vaticano, lo que sería el cuerpo diplomático del Vaticano.

Cuando las relaciones entre la jerarquía católica y el gobierno revolucionario cubano se vieron interrumpidas, en la etapa más fuerte del conflicto, las gestiones se realizaron por intermedio de la nunciatura, gracias a la labor de Zacchi. Al final de su existencia tenemos “entendido” hizo gestiones para volver a Cuba; quienes atendían en la Isla los asuntos religiosos por el Partido Comunista, y algunos sectores de la Iglesia que no vieron con buenos ojos su diálogo con la cúpula revolucionaria, se negaron a permitir su regreso. Sus memorias, como la de muchos personajes nobles, nunca fueron publicadas en la Isla, lo que dejó un profundo vacío informativo para la investigación histórica de la Iglesia, y de forma general, para las religiones en Cuba. Habría que destacar que fue gracias a la gestión de Zacchi que los obispos cubanos pudieron asistir al Concilio Vaticano II.

Zacchi fue un nuncio, desde mi punto de vista, “excepcional” que merece un reconocimiento de parte no solo los católicos, sino de todos los creyentes y no creyentes en Cuba, por el papel extraordinario que desempeñó en uno de los momentos más convulsos del proceso político cubano.

